

## Buenos Aires Art Nouveau - Mimi Böhm

Hay algo de reposteril y embrujado en la obra de Francisco Gianotti. Y no es para menos proviniendo de Piamonte, de la localidad de Lanzo, cerca de Turín. En ese lugar al pie de los Alpes se conjugan la delicias de la refinada pastelería y los encantamientos de la magia.

Gianotti nació en 1881 y fue discípulo de Alfredo Melani, ideólogo de la recuperación de la italianidad en el arte de su país, una postura que también compartían los teóricos Boito y Sommaruga. Egresó con el título de arquitecto de la Academia de Bellas Artes de Turín en 1904 y luego viajó con su hermano Juan Bautista a Bruselas para estudiar allí y conocer la obra y las teorías de Horta y de Van de Velde, respectivamente. Más adelante realizó algunas obras de decoración en Milán y, de nuevo con su hermano y con el maestro, trabajó en la construcción de varios pabellones de la Exposición Internacional de Milán de 1906.

Llegó a Buenos Aires en 1909 con buenas cartas credenciales y como representante de la firma Arcari, Fontana y Cía., fabricantes de hierro forjado, muebles, vitrales y bronce. De inmediato se incorporó al estudio de los arquitectos Arturo Prins y Oscar Ranzenhofer y, junto con otro compatriota, Mario Pelanti, estuvo a cargo del montaje y de la ambientación del Pabellón de Italia en la Exposición del Centenario. Poco después, en 1911, comenzó su trabajo en forma independiente, realizando residencias y edificios de renta y utilizando un repertorio estilístico de raíz italiana y francesa. A diferencia de sus colegas Colombo y Palanti, Gianotti tuvo también una clientela proveniente de la alta burguesía argentina, para la cual realizó algunos proyectos dentro del estilo Beaux Arts que estaba en boga.

En 1913, le fue encomendado el mayor emprendimiento que realizaría en su vida: la Galería Güemes (entonces denominada Pasaje Florida). El nombre elegido obedecía a que los inversores (David Ovejero y Emilio San Miguel) eran de origen salteño. Sólo un poco después, en 1915, Cayetano Brenna, reputado pastelero cuyo pan dulce era un must para la sociedad porteña, le encargó lo que sería una obra famosa: la Confitería del Molino. Y hacia el final de la década, en 1918, Gianotti concretó el último de sus edificios enrolados en una estética Art Nouveau, el de la Confitería La París, en la esquina de Marcelo T. de Alvear y Libertad. Era el cierre de una etapa, pues en la década del veinte abrazaría un eclecticismo más ortodoxo cuyo lenguaje combinó estilos italiano y español en sintonía con el neocolonial en boga. Así lo demuestran los tres edificios que construyó en la Diagonal Norte. Luego, en los años treinta se produciría otro viraje, en ese caso hacia una integración del clasicismo afrancesado y racionalismo. Un buen ejemplo es el edificio Schaffhausen, en la calle Reconquista al 300.

La colaboración con su hermano, titular de la fábrica de elementos y equipamiento decorativo modernistas que montó en Milán, fue muy fructífera. El establecimiento milanés proveyó de innumerables piezas ornamentales para los edificios que Francisco Gianotti diseñaba y construía en Buenos Aires. El novedoso diseño y la calidad de

producción de estos elementos contribuyeron a su fama y, a la vez, incrementaron la fortuna familiar.

Con sus dos obras cumbre, La Galería Güemes y la Confitería del Molino, el Art Nouveau alcanzó una monumentalidad no habitual. Y lo hizo, no es poco, con dos ejemplos de edificación privada capaces de competir con la potencia de los edificios o espacios públicos adyacentes. Porque ambos casos fueron y son desafíos en términos comparativos, uno con respecto al torrente de vida urbana propia de la calle Florida; y el otro, con respecto al impacto físico y simbólico de la mole del Congreso Nacional.

También los liga la transgresión. En la Galería Güemes está dada por tratarse de un edificio multifuncional, a la manera de un microcosmos urbano, suerte de nave autosuficiente. Y, en El Molino, aparece a través de la sublimación de la gastronomía, más específicamente de la repostería, que se exhibe sin tapujos ofreciendo excesos propios de la gula en pleno corazón cívico de la ciudad. Para que acometer tales riesgos fuera posible, Gianotti exploró al máximo los últimos avances en las técnicas constructivas que le permitieron llevar adelante acrobacias volumétricas y espaciales. También apeló al despliegue de una parafernalia de recursos y técnicas decorativas donde ningún motivo quedaba relegado y donde todo tenía un estilo de diseño, o sobrediseño, al que hoy llamaríamos “artesanal”.

La Galería Güemes fue considerada el primer rascacielos construido en Buenos Aires. Su perfil se destacaba en el horizonte trazado por las construcciones linderas. Al transeúnte de aquellos años lo sorprendía la variedad de usos y funciones que albergaba en su interior. En el subsuelo, un teatro, un cabaret y un restaurante; pisos de vivienda que daban a Florida y pisos de oficina sobre San Martín; en la terraza, otro restaurante, con mirador. Todo ello rodeado por alardes técnicos: ascensores capaces de recorrer 140 metros en 60 segundos; sistemas contra incendios que bombeaban hasta 24 mil litros por hora y que eran activados a través de alarmas eléctricas ubicadas en la planta baja y los subsuelos. Los distintos sectores contaban con refrigeración, calefacción y ventilación forzada, y hasta fue comidilla por indiscreto el tablero luminoso que informaba acerca de la ocupación de las oficinas. Un sistema de tubos neumáticos servía de correo interno del edificio. No menos impacto causó la combinación de iluminación natural y artificial de la bóveda de broncecería del pasaje. O los detalles de broncecería de los escaparates y de las puertas de los ascensores. El teatro contaba con butacas montadas sobre una losa de hormigón armado que, a su vez, tenía apoyo pivotante capaz de cambiar la pendiente de la sala. El conjunto daba una impresión que rozaba lo futurista. O podría comparárselo, tal como lo hizo una publicación preparada ad hoc para la visita del Príncipe de Gales en 1924, con un conjunto de “preciosas bomboneras”. Cuando Gianotti embarcó rumbo a Buenos Aires, su maestro Melani le auguró: Está Usted dispuesto a emigrar hacia aquellas playas? Seguramente que perderá lo poco que ha aprendido en la Academia. El continente americano del sud no es otra cosa que un inmenso mundo en el cual prevalece una vida semicolonial, en donde el mayor desarrollo constituye el grueso comercio de la agricultura y la ganadería, ambiente inadaptado para desarrollar vuestras ideas y capacidades”. La Galería Güemes y del Molino aún hoy siguen contradiciendo semejante presagio. Gianotti se radicó definitivamente en Buenos Aires, donde murió en 1967.